

Ríos de sal, de Ignacio de Alba

Armando Pereira

Por lo general, un primer libro de poesía, sobre todo cuando se trata del primer libro de un joven poeta, se mueve en un terreno pantanoso: o bien se abandona a una entrega inocente y descarnada o bien se estira en la más farragosa pedantería. *Ríos de sal* de Ignacio de Alba ha sabido evitar ese doble escollo. No se trata ni del fárrago de citas y espurios reconocimientos literarios ni tampoco de mostrarnos unos intestinos siempre a flor de piel. Aunque de una manera incipiente, y por momentos primeriza, Ignacio de Alba conoce el oficio. Sabe que la poesía, para acceder a la subjetividad del otro, del lector que aguarda al otro lado de la página, debe ser ante todo imagen, debe propiciar un mínimo conocimiento del hombre y del mundo a través de la imagen. Y, en gran medida, este libro lo logra. No se trata, es cierto, de un conocimiento inédito o inaugural; tampoco lo pretende. Busca, más bien, aportar un gesto, un guiño, un acento, que de alguna manera profundice o aclare algo que ya conocíamos o vislumbrábamos.

Su cometido entonces es menor, pero no por ello menos loable. Más que intentar descubrir un universo nuevo o insospechado, su aspiración es mostrar una perspectiva, una vertiente, un aspecto no lo suficientemente denotado de algo que de una u otra forma hemos experimentado todos. Se podría decir que *Ríos de sal* nos ayuda a ver de otra manera lo ya visto. Y eso es algo que siempre habrá que agradecer a un poeta, sobre todo a un poeta que comienza.

Se trata de poemas breves que, más que condensar un cúmulo de metáforas complejas y entrecruzadas, intentan alcanzar una sola imagen. Son quizá como una ventana abierta para mirar un rostro, un cuerpo, a veces tan sólo una silueta que diluye sus contornos contra el fondo de un crepúsculo gris e incierto. Son poemas que hablan por su brevedad, pero hablan con fuerza.

Más que de una poesía de largo aliento, habría que hablar entonces de una poesía que crece y se consolida por su brevedad: imagen que condensa una visión, por momentos alucinada, de algo que está (o pudo estar) ahí, frente a nosotros, pero que al tratar de asirlo se difumina: como el humo, como el agua, como el viento: esas mate-

rias cuya huella, en nosotros, es tan sólo la huella de una ausencia.

Tal vez uno de los valores que habría que rescatar de este libro es el hecho de no proponernos nunca la visión de un universo acabado y perfecto. Ignacio de Alba prefiere —y compartimos enteramente esa preferencia con él— los contornos difusos, las sombras, las figuras apenas presentidas, las ausencias que rasgan la piel con una palabra inaudible. De esas ausencias —lo inasible, lo fugaz, lo etéreo—, que también

nos constituyen, es de lo que ha tratado de dar cuenta *Ríos de Sal*.

Es cierto que en sus poemas hay ecos de Rimbaud, Lautreamont o Vallejo, pero su resonancia por momentos se confunde con el Gorostiza de *Canciones para cantar en las barcas*. Sin embargo, habría que señalar también que ya, en este primer libro de poemas de Ignacio de Alba, se presiente una voz propia —unas veces dubitativa, vacilante, insegura; otras veces decidida, resuelta, enérgica—, pero que en todo momento busca incursionar, con sus propios recursos, por caminos nuevos e inexplorados. Es a esa búsqueda de una voz y un camino propios, que ya se presienten en los poemas de este libro, a lo que quisieran apostar estas notas. ♦

Ignacio de Alba, *Ríos de sal*, México, Ed. Praxis, 1992, 62 pp.

Contrapunto a cuatro voces en los caminos del aire

Helena Beristáin

La lectura de esta antología se presta especialmente para dar pie a muchas reflexiones de diversa índole; sobre todo respecto al mensaje de los cuatro poetas, y en cuanto a la novedosa estructura del libro, al mucho trabajo que representa y a la intención de la editora, implícitos en el conjunto. Y digo editora, porque toma a su cargo todas las responsabilidades de un material publicado por la UNAM, ya que selecciona, traduce, redacta la introducción, organiza, investiga sobre el contexto contemporáneo de los autores, y agrega opiniones y dedicatorias recíprocas o de críticos, comentarios aclaratorios ajenos y propios, y notas que explican problemas específicos de cada texto. De todo lo cual resulta un trabajo muy original, que es verdaderamente un modelo de antología, y que propicia una lectura profunda y contextualmente interpretativa. Hay mucha imaginación, inventiva, sabiduría y generosidad (característica de una vigorosa vocación para la enseñanza) en este libro. Su innovadora urdimbre responde a una calculada intención que, aunque es explicitada por la autora, rebasa nuestras expectativas.

Los sabios son, entre otras cosas, grandes maestros. Si alguien sabe mucho y no lo enseña, no es realmente un sabio sino un erudito. Dos sabios indiscutibles han expre-

sado opiniones inolvidables para mí, con respecto al "ser" del maestro. El Rey Don Alfonso décimo en *Las siete partidas* dice que al maestro toca leer los libros:

Bien et lealmente deben los maestros mostrar sus saberes a los escolares leyéndoles los libros y faciéndogelos entender lo mejor que ellos pudieren.

Y Galdós, en su novela *El amigo manso*, dice: "No hay enseñanza sin la divina amistad".

Leer los libros es, sobre todo para el maestro universitario (después de hacer paladear al estudiante la deleitosa lectura impresionista), guiar la lectura analítica en el sentido de la interpretación contextual, entregando simultáneamente al alumno la herramienta necesaria para que él realice esa misma clase de lectura sin auxilio, para que enseñe a otros a leer.

Lectura es el nombre de una estratégica disciplina vital que conduce a acendrar la calidad del hombre, radicada en la historicidad del devenir humano. Tal calidad histórica proviene de que el hombre es el animal que posee conciencia y comprensión de la vida y la muerte; conciencia y comprensión cuyo perfeccionamiento es motivo suficiente para que vivir valga la pena de vivir.